

BRYAN VALAREZO

IRIS CONTRERAS

# EL ORFANATO DE PAMPLONA

**M**

Madriguera

BRYAN VALAREZO

IRIS CONTRERAS

# EL ORFANATO DE PAMPLONA



Madriguera

*El orfanato de Pamplona*

© 2020 Bryan Valarezo e Iris Contreras

©2020 Editorial Madriguera

**Corrección de estilo:** Natalia Hatt

**Diseño de tapa e interior:** Natalia Hatt

[www.autopublicarte.com](http://www.autopublicarte.com)

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin previa autorización escrita de sus autores.

## DEDICATORIA

T.L,

*Para todas aquellas personas que han hecho caso y se encuentran ahora en casa.  
Para quienes, a pesar del miedo, mantienen la calma y se toman los días actuales  
si fueran como uno más... Para quienes, con amor, aprovechan el tiempo con sus  
familias.*

## EL ORFANATO DE PAMPLONA

Era un viernes gris. Llovía. El aire trémulo de la noche volvía pesado el ambiente. Samanta, una adolescente de catorce años, cubrió todo su cuerpo con una sábana gruesa y áspera. Aquello era lo más reconfortante que podían tener los niños del orfanato *Bajo la sombra de María*. El orfanato carecía de recursos. Las sucesivas malas administraciones provocaron que lo único que no faltase fuera la comida. Por esto, nadie se preocupaba por las paredes con pintura desgastada y llenas de hongos provocados por la humedad; mucho menos del piso de madera, lleno de agujeros e infestado de polillas.

Las noches de tormenta le daban miedo. Durante la temporada lluviosa le parecía oír silbidos que salían del sótano del orfanato, el cual estaba a unos treinta pasos de su cuarto. De vez en cuando también oía pequeños gritos que atormentaban lo más profundo de su alma. Con el tiempo aprendió a ignorar aquellas cosas.

Había escuchado viejos rumores sobre la existencia de una presencia infernal que habitaba en la sombría habitación. Se decía que, setenta años atrás, un director se había dejado llevar por consejeros que lo convencieron para que sortease un adolescente y lo sacrificara a entidades oscuras, a cambio de que le fuera bien en la nueva década y permaneciera mucho tiempo al mando del orfanato. Murmuraban también que esto no dio los resultados esperados. Años después murió de forma repentina. Samanta nunca quiso averiguar si todos estos rumores eran ciertos o si solo se trataba de una vil mentira. Su miedo la detenía.

La noche avanzaba y la lluvia caía con mayor intensidad; los relámpagos y truenos con su estruendo destellante y alborotador no se hicieron esperar. El reloj marcaba las doce en punto cuando, de pronto, todo quedó en silencio. Al parecer ya ninguna gota de agua caía sobre el endeble techo de chapa. Ni siquiera se escuchaban los inquietantes estruendos del bravío cielo.

«Esto es raro», pensó. Con su mano derecha retiró despacio la cobija de su cara. Luego abrió solo uno de sus ojos y observó todo su alrededor, pero no logró percibir nada. Volvió a cerrarlo, y fue en ese preciso momento cuando escuchó pequeños pasos en el pasillo.

«Se oye como cuando un grupo de chicos intentó escapar del orfanato», caviló, pero no creía que volverían a escabullirse después del castigo al que los sometió la Madre Levi.

Uno tras otro, los pasos se volvían más claros a medida que se acercaban a la puerta. Samanta comenzó a temblar; el aire le faltaba y se le aceleraron los latidos del corazón. Quería saber quiénes estaban allí fuera, pero se resistía a abrir los ojos. Tenía mucho miedo.

Fue entonces que, entre sus pensamientos llenos de dudas y temor, oyó que alguien giraba la perilla de la puerta y la abría.

Su corazón estaba a punto de explotar. Samanta no sabía si era mejor huir de su cuarto o quedarse a averiguar quién había entrado. Aun con todo eso en su cabeza, no se movió. No porque no quisiera hacerlo, sino porque el miedo la había inmovilizado.

Tras unos instantes sintió que una extraña presencia se acercaba a su cama; ya estaba al borde del infarto. Fue en ese momento que una mano sujetó con rudeza su tobillo y ella dejó salir todo el

temor que acumulaba en su interior: lanzó un grito ensordecedor, sacudió todo su cuerpo con intención de librarse de quien la estaba sujetando, pero este le tapó la boca con sus manos heladas y así impidió que siguiera gritando.

—No hagas ruido, no tengas miedo —le dijo su visitante. Al escuchar su voz, Samanta se calmó y dejó de forcejear. Entonces abrió los ojos y pudo ver a Felipe, su gran amigo.

Se habían vuelto muy cercanos cuando ella ingresó al orfanato un viernes por la tarde, dos años y tres meses atrás. Había sido la peor semana de su vida: su madre había muerto, no sabía nada de su padre —quien las había abandonado hacía unos años—, y no tenía a nadie que cuidara de ella. Fue por eso que el Tribunal de Menores decidió que lo mejor para ella era estar en un hospicio.

Samanta llegó muy triste y no quería hablar con nadie. Sin embargo, Felipe tenía una personalidad muy alegre a pesar de todo lo que le había sucedido, por lo que logró acercarse a ella y hacerla reír con las estupideces que hacía; pronto se convirtió en su mejor amigo.

A Samanta le asombró que nadie se hubiera levantado con el gran alboroto que hizo, pero mayor fue la sorpresa al ver a Felipe en su cuarto.

—¿Cuál es tu motivo para irrumpir mi sueño, Felipe? —le preguntó con un tono molesto.

—No te enojas, solo vine a preguntarte si querías jugar —le contestó él.

—¿Jugar a estas horas? ¡Están locos! La Madre Levi los castigará.

—No si no se da cuenta. Además, con esta tormenta nunca nos escuchará.

—¡Qué! ¿No ves que ya dejó de llover? Vuelvan a la cama.

—Es verdad, no lo había notado; aun así, los chicos y yo estamos aburridos y queremos jugar.

—Es una mala idea, Felipe. Mejor descansa.

—Tranquila, no pasará nada. Por ahora sigue durmiendo; nosotros ya encontraremos a qué jugar. No digas nada sobre esto —le pidió él. Samanta asintió.

Él le dio las buenas noches con un beso en la frente y salió de la habitación. Después de eso Samanta no pudo conciliar el sueño, se quedó preocupada por Felipe ya que él siempre se metía en problemas, y tenía miedo de que lo expulsaran o lo enviaran a otro orfanato por su mal comportamiento.

Mientras tanto, Felipe y sus amigos seguían por los pasillos en busca de algo con que jugar. Caín, el mayor de los amigos, propuso ir al sótano para revisar si había algún juego que les pudiera servir, pues la Madre Levi siempre decomisaba los juguetes que donaban al orfanato y los guardaba ahí para después venderlos.

Todos se quedaron en silencio y se miraron los unos a los otros.

—¿Al sótano? —preguntó Samuel con una voz temblorosa. Él era uno de los más pequeños del grupo. Había llegado hace no más de dos años y, al igual que los demás, temía bajar al sótano.

—Vamos, Samuel. ¡No seas gallina! —se burló Caín.

Felipe no emitía palabra ya que a él también le atemorizaba ir a aquel lugar.

—Yo bajo si todos bajan —expresó Martín, quien no era más valiente que el resto pero quería

evitar que todos se burlaran de él.

Martín tenía la misma edad de Felipe: quince años. Habían entrado el mismo día al orfanato y desde ese momento estuvieron juntos. A Martín nunca le había gustado quedar mal delante de otros, y por eso a casi nadie le agradaba.

—Bueno, si es así, creo que el único que falta por decir algo eres tú, Felipe —mencionó Caín con un gesto inquietante.

—Pues si ustedes quieren bajar, bajemos, pero lo hacemos rápido. Si no encontramos nada en cinco minutos, regresamos.

—Está bien —aceptó Caín. Sin embargo, esta vez tenía un aspecto más nervioso, puesto que había pensado que Felipe diría que no y que no tendrían que ir allí.

Felipe y los demás se pusieron de acuerdo, así que se dirigieron rápido al sótano. Lograron abrir la puerta con facilidad ya que estaba sin llave. Samuel se quedó a vigilar que no viniera nadie mientras los otros veían qué podían tomar de esa espeluznante habitación sucia, llena de telarañas y sábanas blancas que cubrían viejos roperos. Martín y Caín se encargaron de investigar el contenido de unas repisas mientras Felipe miraba dentro de los roperos. No encontraron nada. Cuando se disponían a retirarse, Martín les hizo notar que todavía no habían revisado la pequeña habitación que se encontraba dentro del sótano.

—Aún nos queda tiempo, chicos —agregó Martín, así que Caín se dispuso a abrir la puerta. Cuando lo hizo, notó una vieja caja oscura de madera, la cual levantó. Esta tenía poco peso y se hablaba muy húmeda; tenía un candado que no se podía cerrar, solo servía de adorno. La sacó del cuarto y se la enseñó a los demás.

Felipe les dijo que parecía un juego de mesa. Lo tomaron y subieron rápido las escaleras. Samuel vio que traían algo consigo y logró leer la tapa de la caja negra.

—¿Güija?! ¿Qué es una Güija chicos?

—Al parecer es un juego de mesa —indicó Caín.

—¿Güija, ahí dice Güija! Debemos devolverlo, eso es muy malo —advirtió Martín con gran temor.

—¿Por qué dices eso, Martín? ¿Qué sabes del juego? —preguntó Felipe.

—Sé que es muy malo y que las personas que lo juegan mueren.

—No seas cobarde. Es solo un juego estúpido —mencionó Caín a modo de burla.

—No soy cobarde, pero no quiero morir.

—Entonces juguemos —dijo Caín.

—Lo haré, pero si todos lo hacen —refunfuñó Martín.

En cuanto a Felipe, no sabía si era cierto o falso lo que Martín decía, pero le preocupaba que fuese verdad, así que les sugirió a los chicos que mejor se fueran a dormir y que al día siguiente regresaría eso a su lugar para que no fueran castigados.

Caín no quería irse a dormir y señaló que no había pasado por todo eso solo para regresar el

juego.

—Si no juegas, le diré a Samanta que eres un cobarde —lo amenazó a Felipe.

Fue así como todos decidieron jugar. Cuando se disponían a regresar a su cuarto oyeron que alguien caminaba por los pasillos. Samuel se asomó y pudo ver que era la Madre Levi. Ella no los podía ver, caso contrario los castigaría. No sabían qué hacer; el único lugar cercano para esconderse era el sótano, pero les daba mucho miedo volver allí. La monja se acercaba, así que no tuvieron otra opción más que volver al sótano. Ella alcanzó a observar como cerraban la puerta, imaginó que se trataba de Felipe y sus amigos haciendo de las suyas una vez más, así que decidió cerrar la puerta con llave para que se quedasen allí toda la noche y que eso les sirviera de escarmiento.

Cuando los chicos oyeron que la Madre Levi ya se había ido, corrieron a las escaleras para abrir la puerta, pero esta ya estaba cerrada. Se asustaron y pidieron ayuda, sin embargo nadie los podía escuchar. Pasaron media hora sin hacer nada, aburridos y asustados por lo denso que se percibía el ambiente.

—¡Gracias al cielo hay un foco que no nos deja en la total oscuridad! —exclamó Felipe.

—¿Y si jugamos? —preguntó Caín— No tenemos que hacer nada más.

—Yo creo que no, Caín —dijeron Felipe y Martín al unísono.

—¿Recuerdan que de todas maneras íbamos a jugar? —continuó Caín—. No veo el problema. Y recuerda, Felipe, lo que le diré a Samanta si no juegas.

—Está bien, juguemos —aceptó Felipe con enfado.

Caín colocó el juego en el piso. Leyeron las instrucciones y prosiguieron a sentarse alrededor de este.

—¿Para qué se supone que sirve? —preguntó Samuel.

—Para hablar con los muertos —respondió Martín.

—Yo no quiero hablar con un fantasma —añadió Samuel con un poco de pánico en su rostro.

—¡Vamos, chico! Será interesante, podrás hablar con tus padres.

Samuel se quedó callado y pensativo.

—¡No bromees con eso Caín! —señaló Felipe.

Entre discusiones y bromas por parte de Caín, Felipe y Martín, Samuel decidió hacer la primera pregunta.

—¿Hay alguien ahí?

Todos quedaron asombrados ante este acto tan valiente por parte de Samuel. De repente, su asombro fue cambiado por otro motivo; sus manos que estaban colocadas sobre la lupa del juego se movieron. Pensaron que Martín les estaba jugando una broma y se molestaron con él, pero no fue así. Volvieron a preguntar y, de nuevo, sus manos se movieron hasta la palabra «sí». Los chicos se sorprendieron tanto que se hubiera podido decir que estaban emocionados y a la vez intrigados; tenían curiosidad por saber qué y quien era el ser que respondió.

—Soy Leviatán.

Los chicos no se habían dado cuenta de que la habitación se estaba impregnando de un olor fétido; mucho menos de que una presencia maligna rondaba en el cuarto. Samuel, por su parte, fue el primero en notar como una sombra de apariencia diabólica posaba su mano en el hombro de Caín.

—¡Caín! ¡Caín! ¡Muévete de allí! —gritó Samuel desesperado.

Ya era tarde. La sombra no dudó y, en medio de un destello de luz roja, se apoderó del alma de Caín. El chico convulsionó, cayó al suelo y, seguido de un esquizofrénico parloteo con palabras que ninguno de ellos comprendía, se detuvo. Se puso sobre sus pies. De sus oídos, ojos, nariz y boca brotaba sangre; su mirada estaba perdida y vacía.

Los demás chicos no sabían que hacer. Tiraron el juego al suelo e intentaron romperlo, pero todo fue en vano. Samuel quiso correr hacia las escaleras, pero el cuerpo poseído de Caín lo sujetó del cuello, lo levantó y lo estranguló, para luego dejar caer solo un cuerpo inerte.

Felipe y Martín no podían creer lo que estaba pasando, se quedaron atónitos. Sus rostros solo reflejaban horror al ver el cuerpo de su compañero tirado y sin vida. Martín no aguantó más; sollozó amargamente y rasgó sus vestiduras. En un arrebato de locura y dolor intentó golpear a Caín, o a lo que quedaba de él, mas este lo sujetó de la cabeza.

—Yo soy Leviatán, el demonio más fuerte que existe —le dijo este con una voz gruesa y turbadora—. ¿Cómo osas golpearme?

Martín no se podía zafar de su agarre. Por otro lado, Felipe estaba tan absorto que no emitía palabra alguna.

—¡Felipe! ¡Ayúdame! ¡No quiero morir! —exclamaba Martín.

—Demonio, tú, ten piedad, somos inocentes —supo decir Felipe desesperado—.

Estas palabras solo detuvieron por poco tiempo los hechos que se avecinaban.

—¡Por favor, no me mates! ¡Te lo suplico! —exclamaba y repetía Martín entre lágrimas.

De pronto, de las manos de Caín empezaron a crecer unas uñas negras, inmensas y afiladas que parecían garras. A medida que iban creciendo, se iban enterrando en el cráneo de Martín.

Felipe no pudo soportarlo más y salió corriendo, derrumbó la puerta chocando a todo pulmón, fue por las escaleras y se dirigió a la habitación de Samanta una vez más. Ella se levantó asustada.

—¿Qué rayos te pasa Felipe?! —respondió cabreada.

—¡Vamos! —titubeó Felipe.

—¿A dónde ahora? —respondió—. Al parecer hoy no dormiré para nada.

—Confía en mí —replicó—, no nos queda tiempo.

—Está bien —accedió de mala gana.

Felipe la sacó de la cama, empezaron a correr hacia la cocina.

—Debemos salir de este lugar —intentó explicarle Felipe.

—¿Qué rayos está pasando? —preguntó ella entre palabras entrecortadas; estaba cansada de correr y de que su amigo la jalara al punto de lastimar su piel.

—Samuel, Martín y Caín están muertos —sollozó él.

—¡Maldita sea! ¿¡Qué han hecho!?! —exclamó Samanta.

Ya era tarde, el espectro los había encontrado. Agarró a Samanta del brazo y de un solo golpe la dejó tirada en el suelo, inconsciente.

Felipe se desmayó del impacto. El demonio lo ignoró y continuó su paso por el orfanato, destruyendo todo lo que se cruzase por su camino, antes de tener que desaparecer al amanecer.

Horas más tarde Felipe despertó; ya había amanecido y el sol molestaba sus ojos. Adolorido y con raspones en sus piernas, se levantó despacio, aunque primero tuvo que apartar los escombros que tenía encima. Samanta seguía tirada a un costado, fue hasta ella y notó con gran alivio que aún respiraba.

—¿¡Alguien está allí?! —gritó Felipe— ¡Ayuda por favor!

Al darse cuenta que ya no tenían a nadie, echó a Samanta sobre su espalda y salió del lugar a paso lento en busca de ayuda.

Aquel día, el veinticuatro de noviembre de 1910, el orfanato *Bajo la Sombra de María* dejó de funcionar. Nadie puede acercarse a ese lugar, pero los que se han atrevido han atestiguado que se observa en la ventana del segundo piso una sombra que se asoma como si estuviera protegiendo el abandonado orfanato ubicado en la segunda manzana del barrio central de Pamplona.

## **AGRADECIMIENTO**

A todos los lectores que quieren siempre algo más de sus escritores preferidos. Son quienes motivan a seguir escribiendo aún en los malos tiempos.

## **SOBRE LOS AUTORES**

### **Bryan Valarezo**

Nació el 20 de mayo de 1996 en la ciudad de Playas de Villamil, Ecuador. Le gusta mucho el fútbol, los videojuegos y escribir sobre viajes.

El 22 de junio de 2019 publicó su primera obra, la novela *Que Sea Para Siempre*, y en la actualidad se encuentra en los últimos detalles de su segunda obra: *El Diario De Caleb*.

### **Iris Contreras**

Nació el 9 de septiembre de 1999 en la ciudad de Guayaquil. Cursa el sexto semestre de Comunicación Social en la Universidad De Guayaquil.

Ha escrito para Diario El Telégrafo y actualmente trabaja en artículos científicos y comunitarios.

# TABLA DE CONTENIDOS

[DEDICATORIA](#)

[EL ORFANATO DE PAMPLONA](#)

[AGRADECIMIENTO](#)

[SOBRE LOS AUTORES](#)

[TABLA DE CONTENIDOS](#)